

El texto del profesor Polo García significa la reseña apresurada de la presencia de Ernesto Sábato en la Universidad de Murcia, para hablar de Literatura. El texto del escritor argentino, por su parte, es una pequeña parte del espléndido coloquio, cuya versión íntegra publicaremos en el futuro.

ERNESTO EN LA

DENTRO de los cursos de Literatura Hispánica que el Departamento de Literatura Hispanoamericana viene realizando a lo largo de los últimos diez años, hace unos días hemos tenido entre nosotros la presencia impagable y agradecida de Ernesto Sábato, el escritor profundo y fronterizo cuya palabra produce siempre inquietud intelectual a la vez que conmueve los unamunianos hondones del espíritu por los caminos del arte del bien hablar y del bien escribir.

He repetido en numerosas ocasiones lo que daríamos por conversar una tarde con Virgilio *sub tegmine fagi*, en este campus mínimo pero lleno de palmeras y jacarandás, acerca de tantas cuestiones de

arte, de escritura, de lo divino y de lo humano que nunca suele sernos ajeno. Y al decir Virgilio, podemos indicar Cervantes y Shakespeare, Villon y Dostoievski, Dante y Leon Tolstoy, Borges y Chretien de Troyes. ¡Cuánto no daríamos por tenerlos hablando a nuestro lado!

Esa es la razón, entre otras menos emotivas, por la que organizamos estos cursos, acogidos bajo la denominación de Literatura Viva, en la doble acepción de la vigencia vital de los textos que leemos y la realidad esplendorosa de convivir unas horas, unos días, con estos escritores que, felizmente, pueden hablarnos de su tiempo, de luchas, de sus ambiciones y fracasos, de la gloria que alcanzan al lograr la página misteriosamente escrita. Literatura viva, porque viven entre nosotros y con nosotros, porque nos hacen nacer sus libros y los vemos gestantes y alumbradores, porque al

atardecer podemos disfrutar de su presencia, de la profunda luz de sus ojos, del mágico esplendor de su palabra.

Pues bien, una de estas tardes de la increíble primavera murciana, Ernesto Sábato, el escritor, apareció por nuestras aulas y dejó que la flor violeta del jacarandá lloviera sobre su cabeza mientras avanzábamos hacia el Paraninfo, donde nos hablaría de las hondas galerías de su escritura, que es tanto como decir de su vida y de la nuestra, de los graves problemas en los que el hombre está inmerso desde que es sobre la tierra. Tendría que hablar de cuestiones literarias —«soy escritor por sobre todo y le agradezco que para hablar de literatura me haya invitado»—, y terminamos colokiando de lo divino y de lo humano porque humano y divino viene a ser, en definitiva, el oficio de escritor sobre la tierra.

Como no podía ser menos, empezó hablando de la situación argentina, dada su condición de presidente de la comisión que investigó aquellos horrores. Quedó claro que *nunca más* volverán sobre sus pa-

SABATO

UNIVERSIDAD

esos, que parece irreversible el proceso del hombre respetado en su dignidad, que desaparecerá el miedo en honor de la esperanza.

Pero era la *literatura* el centro de atención y, por lo mismo, discurrió su palabra rigurosa y emotiva por los grandes misterios, por las dilatadas galerías del vivir comprometido con la vida y con el arte. Revisó la literatura y la filosofía, para concluir que el pensamiento filosófico y el poético son como el haz y el envés de una misma hoja. Habló de la literatura como exorcismo y liberación, para centrar reflexiones brillantes en el sueño como sustrato y asentamiento de lo literario. Y aparecieron los demonios familiares y personales, lo patético, la dimensión catártica que la escritura proporciona, la reivindicación del hombre como centro de todo. Y un gran alegato demoledor contra los cientifismos de toda laya, en beneficio de la libertad del arte, imposible de someter a la chata norma de lo formulado y fijo. Resultó hermosa su defensa del *humanismo*, para terminar afirmando que la tarea de escribir y de leer constituye lo humanizado y lo humanizable permanentes, porque se trata de una gran cuestión de amor que salva siempre, en ocasiones incluso del suicidio,

como afirmó con escalofriante lucidez en su discurso.

La literatura como salvación, sin duda. Que después podrá recorrer los más diversos e insospechados caminos, desde el humor a la tragedia, pero que siempre resultará un horizonte de aurora irreversible, dentro de la profundidad del sueño revelador.

Y contra lo que su costumbre ha sido —así me lo confesaba en las conversaciones de paseo y sobremesa— el coloquio duró más allá de dos horas, cuando una hora es lo que acepta por lo general. Constituyó un espectáculo estimulante para él, supongo, verse ante un millar largo de personas ávidas de oír su voz, mayoritariamente jóvenes estudiantes que abarrotaron el Paraninfo y ocuparon los pasillos sentados en el suelo, a la mejor usanza de otros tiempos más prometedores.

Se le recibió con un prolongado y cordial aplauso que lo emocionó y predispuso favorablemente. Y bastaron pocos minutos para comprobar que aquello no iba a ser el clásico y organizado coloquio de dos profesores con un escritor: había otro palpito que fue contagiando la atmósfera, hasta culminar tantos minutos de palabra sorprendente y sorprendida.

Quedó la grabación completa de su imagen y su voz, para el futuro.

La magia de aquellas dos horas, quienes la vivimos, será difícil que podamos olvidarla. En todo caso, nos quedó profunda huella de su paso. Y para los que no pidieron ver ni oír aquella tarde violeta de magnolias y jacarandá, en el próximo número publicaremos íntegro el coloquio, algo realmente gratificador. Y si es cierto que acontecimientos de tal calibre no se suelen repetir con frecuencia, vamos a confiar otra vez tenerlo entre nosotros, cuando decidamos hacerlo profesor honorífico de nuestra Universidad. Porque cabe decir que su venida a Murcia ha sido compartida, tan sólo con el homenaje que La Sorbona le rindió dos días después. No asistió a recibir el Doctorado Honoris Causa otorgado por la Universidad de Jerusalem, así como declinó importantes invitaciones de organismos europeos de alto fuste. Como destacó la prensa nacional, vino a Murcia y a París.

Los que tuvieron el placer de oírle, pueden recordar el entrañable motivo que adujo para su venida. Los demás podréis leerlo en el futuro, hoy no voy a desvelarlo. Si diré que el Departamento de Literatura Hispanoamericana y el espléndido equipo de colaboradores que conmigo trabajan, agradecemos su gesto en la justa medida de su alto valor. Y nos sentimos particularmente orgullosos de haber compartido con él pensamiento, palabra y corazón en esta tierra mediterránea.

Victorino Polo García